

## Dependencia e independencia

El joven David está en plena fuga, huyendo de Saúl con gran dificultad, porque Saúl desea nada más y nada menos que matarlo. Hemos visto en los capítulos anteriores, el 21 y el 22, que David le causó problemas a la ciudad de Nob y el sacerdote Abimélec terminó muriendo a manos de Saúl; todo ello porque David se dejó dominar por el miedo e intentó hacer las cosas pensando solo en sí mismo. Pero en el capítulo 23 las cosas empiezan a cambiar. En el primer versículo que “Un día los filisteos atacaron la ciudad de Keila para saquear sus eras”. David no estaba muy lejos de esa región, así que ahora él decide, según leemos en la versión Reina Valera Contemporánea de la Biblia, consultar al Señor. Observa que esto no había pasado en los capítulos 21 y 22.

El texto dice que David... “fue y consultó al Señor. Le preguntó: «¿Puedo ir y atacar a los filisteos?» Y el Señor le respondió: «Sí, atácalos y libera a los habitantes de Keila» Pero los que lo acompañaban le dijeron: «Aun cuando vivimos aquí en Judá, lejos de los filisteos, éstos nos infunden temor. Si vamos a Keila para luchar contra su ejército, ¡nuestro miedo será mayor!» David volvió a consultar al Señor, y el Señor le dijo: «Date prisa y ve a Keila, porque yo pondré a los filisteos en tus manos.» Así que David y sus hombres fueron allí y lucharon contra los filisteos, derrotándolos por completo. David se apoderó del ganado de los filisteos y rescató a los habitantes de la ciudad. Ahora bien, cuando Abiatar hijo de Ajimélec huyó a Queilá para refugiarse con David, se llevó consigo el efod. Por lo tanto, observa que David aprendió correctamente la lección: está con Abiatar, que ahora toma el lugar de su padre como sacerdote; está allí con el pectoral sacerdotal usado también para saber la voluntad de Dios, porque en él estaban el Urim y el Tumim.

David quiere saber cuál es la dirección de Dios. David está aprendiendo a depender de Dios. Ante esto, Saúl se entera y decide atacar a David una vez más. Sabiendo que él estaba en Queilá, Saúl dice: “«Dios lo ha puesto en mis manos. David mismo se ha entregado al encerrarse en la ciudad y ponerse tras sus puertas y cerrojos.»” Y así Saúl se marcha para atacar a David con el deseo de matarlo. Pero cuando David supo que Saúl tramaba para atacarlo, le ordenó a Abiatar que le llevara el efod y David oró: “— «Dios de Israel, yo soy tu siervo y entiendo que Saúl piensa venir a Keila y destruir la ciudad por culpa mía. 11 ¿Van a ponerme en sus manos los habitantes de esta ciudad? ¿Realmente va a venir Saúl, como me han dicho? Señor, Dios de Israel, yo te ruego que me digas si esto va a suceder.»”

Y dice el texto que David volvió a preguntarle: “«¿Nos van a entregar los habitantes de la ciudad, a mí y a mis hombres, al poder de Saúl?» Y el Señor respondió: «Sí, los van a entregar.»” Así que observa que David ya no da un paso más sin consultar al Señor. Ahora él no actúa motivado por el miedo o por cualquier otra circunstancia o idea, sino que consulta al Señor. Ante esto, David y sus soldados salieron de Keila “y anduvieron errantes de un lugar a otro.”

Al enterarse de eso Saúl, cambia su plan y decide ya no ir allá. Justo después, descubriremos que “David se quedó en las fortalezas del desierto, y vivió en un

monte del desierto de Zif...Como David sabía que Saúl lo buscaba para matarlo, se quedó escondido en Hores, en el desierto de Zif.” Entonces él tiene la oportunidad de encontrarse con Jonatán, que va allí, y ellos renuevan una vez más su pacto de no agresión, de amistad que tenían. Y en este momento los zifeos, que habitaban aquella región, al enterarse se dispusieron a denunciar a David y tratar de entregarlo a Saúl. Ellos terminan traicionando a David en esa situación y Saúl se entera de ello.

El texto narra: “¡Que el Señor los bendiga por haberse compadecido de mí! Pueden irse, pero averigüen dónde está su escondite, y si alguien lo ha visto por allí, porque me han dicho que él es muy astuto. Fíjense bien y averigüen dónde se esconde, y vuelvan con una información segura. Entonces yo iré con ustedes, y si David está en sus tierras, yo lo voy a buscar entre los miles que hay en Judá.» Los habitantes de Zif se despidieron de Saúl y se fueron a sus tierras. Para entonces, David y sus hombres se encontraban en Maón, al sur del desierto de Arabá. Y cuando David supo que Saúl y sus soldados lo perseguían, bajó a la peña y se quedó en el desierto de Maón.”

David entonces huye y Saúl lo persigue. Y en esta persecución llegamos al capítulo 24. El texto entonces nos empieza a relatar que Saúl vuelve de luchar contra los filisteos, pues había escuchado que estos estaban atacando a Israel. Mientras David huía, Saúl combatió temporalmente a los filisteos. David había ido por donde estaban las fortalezas de Engadi. Saúl entonces vuelve de esa lucha y empieza a buscar a David en el desierto de Engadi. Entonces Saúl tomó a tres mil hombres de entre los mejores soldados de todo Israel y fue a buscar a David.

Este hombre no desiste de idea de matar a David. El texto dice que “Subió por los peñascos de las cabras monteses, y cuando llegó a un redil de ovejas, donde había una cueva...” entró allí para hacer sus necesidades. “¡David y sus hombres estaban escondidos en un rincón!” Fíjate qué circunstancia inusitada e impresionante en este clima de persecución y de guerra. Saúl, siendo el rey, pero naturalmente siendo un hombre común como cualquier otro, tiene la necesidad de utilizar la cueva para sus necesidades físicas. David está escondido allí. David estaba aprendiendo a depender de Dios y ahora está Saúl en una situación en la que David fácilmente puede acabar con su vida.

Sus hombres le dijeron “«Este día el Señor cumple su promesa, cuando te dijo: “Tu enemigo está en tus manos. Haz con él lo que te parezca mejor.»” Toma nota de lo que dice aquí en el capítulo 24 ... “David se levantó y sigilosamente cortó el borde del manto de Saúl. Después de haber cortado el manto del rey, David se sintió muy mal y les dijo a sus hombres: «Que el Señor me libre de hacerle daño a mi señor. ¡Él es el ungido del Señor! ¡No puedo extender mi mano contra él!» Con estas palabras David reprendió a sus hombres, y no les permitió hacerle ningún daño al rey. Y cuando Saúl salió de la cueva, siguió su camino.”

David nos impresiona por su forma de actuar al demostrar que de hecho había aprendido a depender de Dios. Dios no lo autorizó a matar a Saúl, a atacar a Saúl. Saúl estaba en la posición de rey, porque Dios lo había escogido para serlo. David no tiene la autorización de quitar al que es denominado ungido del Señor. El ungido del Señor es escogido para ser rey de Israel en este contexto y David respeta eso, porque

descubrió que nada es más importante en la vida que depender de Dios. Ante esa situación de prueba él no se atreve. El hecho de cortar la punta del manto de Saúl ya le deja preocupado. Después de ese episodio, justo a continuación el texto nos trae más luz sobre el asunto. Dice que “David salió detrás del rey y, una vez afuera, gritó de manera que Saúl lo oyera: «¡Mi señor y rey!» Saúl volvió la mirada y vio que David, de rodillas y con el rostro inclinado en actitud de reverencia, le decía: «¿Por qué te dejas guiar por quienes te dicen que yo te busco para hacerte daño? Comprueba por ti mismo que el Señor te puso hoy en mis manos, allí dentro de la cueva.

Y David añade... Mis hombres me insistían que te matara, pero yo te perdoné, pues me dije: “No puedo hacerle ningún mal a mi señor, porque Dios lo consagró como rey.” Mira, padre mío: aquí en mi mano tengo el borde de tu manto. Yo lo corté, y no te maté. Date cuenta que nunca te he traicionado, y tampoco te he hecho ningún mal; sin embargo, tú me andas persiguiendo con la intención de matarme.

Entonces apela a la conciencia del Rey... “Que el Señor nos juzgue a los dos, y que él me vengue de ti, pero yo nunca levantaré mis manos contra ti. Recuerda el antiguo proverbio: “De los malvados proviene la maldad”. Así que yo nunca levantaré mi mano contra ti.”

David le deja bastante claro a Saúl lo siguiente: ‘mira, que el Señor juzgue. Yo no haré justicia con mis propias manos, puesto que entiendo la autoridad que Dios te entregó a ti, oh, rey’.

DAVID: En la RVC seguimos leyendo lo siguiente: “¿A quién anda persiguiendo el rey de Israel? ¿A quién busca? ¿A un perro muerto? ¿A una pulga? 15 ¡Que el Señor sea el juez que nos juzgue a los dos! ¡Que vea él mi causa y la defienda, y me defienda de ti!» Cuando David terminó de hablar, Saúl dijo: «¿Acaso no eres tú quien habla, David, hijo mío?» Y en ese momento Saúl lloró,”

Nota la fragilidad de Saúl que ya no sabe lo que quiere. «Tú has actuado con más justicia que yo, porque me has tratado con bondad, mientras que yo te he tratado mal. Hoy me has demostrado que eres un hombre bueno, porque el Señor me puso en tus manos y no me mataste. ¿Quién, pudiendo matar a su enemigo, lo deja ir sano y salvo?»

Seguidamente Saúl dice... “¡Que el Señor te bendiga por lo que hoy hiciste conmigo! Yo entiendo que tú vas a ser rey de Israel, y que bajo tu mando el reino de Israel será firme y estable. Júrame, entonces, delante del Señor, que no eliminarás a mis descendientes ni borrarás el nombre de mi familia.» Y David se lo juró a Saúl. Entonces Saúl regresó a su casa, y David y sus hombres se fueron a la fortaleza.”

Podemos observar con bastante seguridad que Dios es de hecho el Señor de la historia y conduce todas las cosas. Toda la planificación de Saúl, toda la asesoría militar que tenía, aquello que había pasado con los zifeos traicionando a David... Nada sirvió. Saúl entró en la cueva y David podría haberle quitado la vida, pero no lo hizo. Una vez más, muestra que está siendo entrenado para ser un buen rey en Israel.



[Misión 1 Samuel – Capítulos 23 y 24]

Autor: Luiz Sayao

Vemos que ahora ya no va con la intención de cumplir sus propios planes, no está motivado por el miedo ni por la autopreservación.

David aprendió a depender de Dios consultando al Señor en el caso de Queilá, consultando al Señor para saber si será entregado a Saúl. Sabiendo que Dios tiene todo bajo su control, no se atreve a quitarle la vida a Saúl a partir de su propia iniciativa. ¡Qué lección más extraordinaria encontramos en este texto de las Escrituras